

ANNE BOYER ERA UNA MADRE soltera con una hija de 14 años cuando, a los 41 recién cumplidos, le fue diagnosticado uno de los tipos de cáncer de mama más agresivos, el triple negativo. Al enterarse de la fatal noticia hizo varias cosas: consultar su pronóstico en Lifemath (una calculadora online que le devolvió como resultado 48 caras de color rosa oscuro con el ceño fruncido y 52 verdes sonrientes) y buscar consuelo en escritoras que también padecieron la enfermedad como Susan Sontag, Marguerite Duras, Clarice Lispector, Audrey Lorde o Kathy Acker. También escribió. El resultado es *Desmorir. Una reflexión sobre la enfermedad en un mundo capitalista* (Sexto Piso), un brillante y descarnado ensayo que, en plena pandemia y para sorpresa de la propia Boyer, se alzó con el Premio Pulitzer de No Ficción de 2020.

Desmorir es una mezcla de varias cosas: tiene algo de memorias, también de poesía, es una feroz crítica al perverso universo sanitario estadounidense y es, sobre todo, una lúcida batalla contra el cliché que suele acompañar a la enfermedad que hizo que perdiera «amigos, amantes, memoria, pestañas y dinero». Como profesora de escritura que es, Boyer era consciente de que en la literatura «el cáncer de una persona parece existir como instrumento para las epifanías de otra», un papel que ella se negó en rotundo a asumir: «No quería convertirme en un objeto instrumentalizado, no quería ser la epifanía de nadie», recuerda en conversación vía Zoom desde Kansas City.

Boyer reconoce que recibir el Pulitzer en mitad de «la nube de ansiedad, confusión, luto y empatía» del confinamiento intensificó su «ambivalencia» respecto al premio. Todavía se emociona al comentar ciertas partes del libro porque hacerlo es volver sobre «un trauma que nunca se resolverá del

todo». En el ensayo escribe sobre lo que no suele mencionarse al hablar del cáncer: los amigos que desaparecen, los likes recibidos en Facebook tras exponer públicamente su diagnóstico e incluso sobre un tipo de depredador sentimental obsesionado con cuidar de enfermas como ella: el *cancer daddy*, un tipo cargado de CD con canciones lentas y gestos de caballerosidad con un morboso entusiasmo por su vulnerabilidad.

Boyer sobrevivió, pero

confiesa que «el régimen ideológico» del cáncer implica que llamarse «superviviente» siga pareciendo «una traición a las muertas». «Es difícil», reconoce. «Pero si algo intenté al escribir el libro es no usar el vocabulario belicista que tantas veces se emplea. El cáncer no es una guerra. En Estados Unidos, donde el capitalismo es especialmente competitivo y en la sociedad late cierto sentir militar, todas las metáforas que se usan para hablar de la enfermedad

están abocadas a ello».

¿Qué tiene que ver el cáncer con el capitalismo? «Los índices de cáncer se han incrementado desde que existe el capitalismo industrial. No es algo que esté solamente en nuestros genes, aunque podamos tener predisposición genética a padecerlo. En parte es una consecuencia de la atmósfera acelerada en la que vivimos, del agua, la comida, el aire que respiramos, las sustancias químicas que nos rodean, el estrés, la infelicidad, la alienación, las desigualdades. Está en las estadísticas: quién enferma, quién se cura y quién muere está relacionado con la raza, el nivel económico, incluso con tu estado civil».

La pandemia mundial no ha hecho más que confirmar la teoría de Boyer de que no hay enfermedad que sea neutral, ni tratamiento que esté libre de ideología, ni índices de mortalidad ajenos a la política. «Solo hay que fijarse en todas las muertes que se podrían haber evitado si la economía no

“Lo que te mantiene vivo cuando tienes cáncer son sustancias que casi te matan, a veces sin el casi”

“El cáncer no es una guerra, pese a que todas sus metáforas acaban abocadas a usar un lenguaje belicista”

“Quién se cura y quién muere está relacionado con la raza, el nivel económico e incluso con tu estado civil”

hubiese sido la prioridad en Inglaterra, Brasil o mi país. Veo el coronavirus como una entidad histórica porque cómo se ha organizado la sociedad para hacerle frente lo dice todo sobre quiénes somos hoy».

«Pasé un año en

Inglaterra y me sentía como un miembro de la realeza por el mero hecho de poder ir al médico cuando me encontraba mal. Durante muchos años fui pobre, no tenía seguro. Sólo iba al médico si estaba desangrándome. Conocí a gente que había aprendido a coserse ellos mismos las heridas. Ése es el contexto en el que la gente enferma de cáncer en Estados Unidos», detalla. «Los precios inflados de los tratamientos en el mercado norteamericano también afectan a los países que han decidido socializar su sanidad, porque los acaban pagando. No comparto el argumento de la industria de que se necesita dinero para la investigación y el desarrollo: conozco a muchos científicos y son como el poeta al que sólo le preocupa escribir su poema. Lo único que quieren los investigadores es descubrir una solución, no hacerse ricos. Seguirían investigando igual aunque estuvieran al margen de la bárbara lógica de incentivos y beneficios de la industria farmacéutica».

El cáncer de Boyer, uno de los más agresivos que existen y cuyo tratamiento menos ha evolucionado a lo largo de las últimas décadas, fue combatido con

“No quise que mi cáncer fuera la epifanía de otros”

Premio Pulitzer. La poeta Anne Boyer narra en ‘Desmorir’ su devastador cáncer de mama y reflexiona sobre la enfermedad



Enfermedad y escritura. Anne Boyer aborda el cáncer desde lo literario, lo íntimo y lo económico. EL MUNDO

Por Leticia Blanco BARCELONA

dos sustancias con innumerables efectos secundarios, la adriamicina y la ciclofosfamida, una variante medicalizada del popularmente conocido como gas mostaza. ¿No existe opción mejor que un arma química para salvar una vida? «Algunos investigadores hablan de falta de imaginación. El siglo XX fue capaz de concebir múltiples armas y venenos para asesinar, fue el siglo de la muerte. Y todavía no hemos dejado atrás ese marco mental del horror. Hasta hoy lo único que existe para mantenerte vivo cuando tienes cáncer son sustancias que casi te matan, a veces sin el casi. Puede que tengamos que explorar otras maneras de entender el cuerpo».